

LA JUVENTUD SALVADOREÑA

REVISTA MENSUAL

--DE LA--

SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE

EDITOR RESPONSABLE Y ADMINISTRADOR,

JOSÉ MARÍA GOMAR.

TOMO VI. —NUMERO 7

SUMARIO:

I. *Las Ciencias Naturales en la Historia*, por Esteban C. Roque.—II. *Ultra*, (poesía), por Federico Balart.—III *Idealismo-Realismo*, por Francisco Gavidia.—IV *A Sucre* (poesía), por Juan Fermín Aycinena.—V *La flecha y el canto* (poesía), por Román Mayorga Rivas.—VI *Una Suicida*, por Lucila Gamero Moncada.—VII *Notas dispersas* (poesías), por Doroteo Fonseca.—VIII *Ira santa* (poesía), por Margarita de Mortain.—IX. *Matrimonio y soltería*, por Mercedes Cabello de Carbonera —X Notas —XI. Miscelánea.

ADMINISTRACION: CALLE DE LA INDEPENDENCIA, NUM. 61

SAN SALVADOR, IMP. NAC. 10ª AVENIDA SUR.

Julio de 1895.

PERSONAL DE LA SOCIEDAD.

JUNTA DIRECTIVA:

Presidente	D. Alberto Masferrer.
1 ^{er} . Vocal	„ J. Antonio Solórzano.
2 ^o „	„ José María Gomar.
Fiscal	„ Leopoldo A. Rodríguez.
Tesorero	„ Adrián García.
1 ^{er} . Secretario	„ Isafías Gamboa.
2 ^o „	„ Indalecio Zelaya.

SOCIO HONORARIO:

Dr. D. Esteban Castro.

SOCIOS ACTIVOS:

Br. D. Eusebio Bracamonte.	Br. D. Juan Gomar.
„ „ Doroteo Fonseca.	„ „ Alonso Reyes G.
Dr. „ Francisco Espinal.	Dr. „ Víctor Jerez.
„ „ Fermín Bayona.	

SOCIOS CORRESPONSALES:

Doña	Vicenta Laparra de la Cerda.	Doña	Amalia Puga de Losada.
„	Clorinda Matto de Turner.	„	Luz Arrué de Miranda.
„	Mercedes Cabello de Carbonera.	Srita.	Lucila Gamero Moncada.
Srita.	Josefa Carrasco.	„	María Guadalupe Reyes.
„	María Springer.	„	Rafaela Turcios C.
Lic. D.	J. Fermín Ayciúena.	Dr. D.	Rubén Rivera.
„	Manuel Diéguez.	„	Abraham Rivera.
„	Carlos A. Imendia.	„	Ramón A. Salazar.
„	J. Joaquín Pérez.	„	Antonio Batres Jáuregui.
„	Ismael Cerna.	„	Esteban C. Roque.
„	Anselmo Valdés.	Br.	Juan J. Láinez.
Dr.	Désire Pector.	„	Antonio Macías.
„	Joaquín B. Calvo.	Dr.	Simeón Eduardo.
„	Salvador Flamenco.	„	David A. Payés.
„	Enrique Guzmán y Valle.	„	Ramón P. Molina.
„	Carlos G. Amézaga.	„	Santiago Key Ayala.
„	Ricardo Rossel.	„	Carlos Dárdano.
„	Manuel Moncloa y Covarrubias.	„	Francisco A. Reyes.
„	Justo Zaragoza.	„	Baltasar Parada.
„	Carlos Gagini.	Br.	Adolfo Castro.
Dr.	Lucio Alvarenga.	Dr.	Jesús Díaz de León.
„	Nicanor Bolet Peraza.	„	Rafael E. Cháves.
„	Celso Briones.	„	Ezio Monjardino.
„	Domingo Martínez Luján.	„	Leonidas Pallares Arteta.
„	José Joaquín Palma.	„	Ismael Enrique Arciniegas.
„	Sixto Morales.	„	Carlos Fernández Shaw.
„	Nazarío Salaverría.	Dr.	Francisco Cárdenas Rodríguez.
„	Próspero Calderón.	„	Vicente Lines.
		„	J. S. Chocano.
		„	Ricardo Palma.

LA JUVENTUD SALVADOREÑA.

REVISTA MENSUAL

DE LA SOCIEDAD CIENTIFICO-LITERARIA DEL MISMO NOMBRE.

Comisión Redactora:

Eusebio Bracamonte.

Victor Jerez,

Dorooteo Fonseca.

TOMO VI. |

San Salvador, julio de 1895.

| NUM. 7.

LAS CIENCIAS NATURALES

EN LA HISTORIA.

Cuando se recorren con una mirada las diferentes etapas de la humanidad en el camino largo y lleno de abrojos del progreso, es dulce tributar un homenaje de gratitud á los genios que alcanzaron á descorrer un poco el velo que oculta en el templo de la sabiduría la verdad. Un ejemplo de la lentitud con que se camina por el sendero del saber, nos lo presentan las ciencias médicas: encerradas primeramente en los templos, formaban como una parte de la religión entre los egipcios; y entre los hebreos eran los sacerdotes los que examinaban á los que eran sospechosos de padecer la lepra y los que declaraban si el enfermo podía, por estar ya curado, volver á habitar junto con los demás hombres.

El gran Aristóteles, que cultivó casi todos los ramos del saber, hizo mucho, para aquellos tiempos, por la ciencia de la salud, lo mismo que Teofrastró é Hipócrates, tenido el último con harta razón como el padre de la medicina, y cuyos aforismos aun se repiten con respeto en nuestras escuelas científicas.

Aunque los conocimientos orientales pasaron á los griegos y éstos

los transmitieron á sus conquistadores, los romanos, los conocimientos de la ciencia de la salud perdieron mucho de ser cultivados, por las vicisitudes por que pasó el imperio de los Césares. Derrumbase el imperio de Occidente; el poderío bizantino fue efímero y fugaz, y la decadencia llega á su máximo con la irrupción de los bárbaros del Norte, que como un gigantesco alud, se lanzaron sobre las decrepitas naciones del Mediodía.

Con Carlo Magno puede decirse que las ciencias respiran, después de estar relegadas á las casas religiosas. Alcuino y el Venerable Beda son dos antorchas en medio de las tinieblas de aquellos tiempos. Los árabes, interpretando á su modo la filosofía de Aristóteles, traen su poderoso contingente á la civilización, y serán siempre citados con veneración los nombres de Averroes y Avicena por todos los amantes del saber.

El descubrimiento de la América abrió al Viejo Mundo un horizonte vastísimo: nuevas plantas y animales extraños llamaban la atención de los sabios; pero las contiendas religiosas, las guerras que, bajo pretexto de religión, promovió Lutero y sus discípulos, levantaron á los pueblos en armas; los aldeanos quisieron hacer una realidad las libertades que les ofrecía

el audaz innovador que tiene dividido el mundo; y la sangre corrió á torrentes. Los que acusan á España de intolerante, deberían siquiera tener presente la *caridad* que con el español Miguel Servet empleó Calvino, mandándole dar muerte; y Servet había descubierto el movimiento, la circulación de la sangre, gran paso dado en el progreso de las ciencias y que señalaba un camino seguro para los ulteriores descubrimientos.

Si los alquimistas no hallaron la piedra filosofal, dieron verdadero oro al mundo con el descubrimiento, en los siglos XVI y XVII, de los ácidos minerales, el antimonio, zinc, amoníaco, bismuto, algunas sales metálicas etc. El fraile Schwartz descubre la pólvora, y son hallados el alcohol, el fósforo y el éter. Nace, pues, la química, ya que apenas puede decirse que existía en el Oriente, á pesar de querer derivar algunos su nombre de *quemi*, tierra quemada etc., ciencia destinada á muy gloriosos destinos en no lejano día en manos de los Berthelao Chevreil, Wurtz, Pasteur, Lavoisier etc.

Los descubrimientos se suceden con rapidez después de la Edad Media. Copérnico tiene el gusto de tocar antes de morir el volumen de su gran obra, en que mostraba una luminosa explicación del nuevo sistema suyo, según el cual la Tierra no era el centro de nuestro sistema sino el Sol; Galileo fabrica el anteojo astronómico y hace importantes descubrimientos en el cielo y en la Tierra; Kepler da á conocer sus famosas leyes; Torricelli, discípulo de Galileo, inventa el barómetro; se halla el termómetro, los telescopios, la máquina neumática en Alemania; la máquina eléctrica abre todo un período de gloriosos descubrimientos que hoy, en pleno siglo diez y nueve, nos asombran porque parecen llegar á su

non plus ultra con Edison. La perfección del microscopio corresponde en su gloria á Holanda. Entre los genios deben citarse los nombres de Leonardo de Vinci, Cardano y Juan B. Porta.

Nace en Inglaterra Sydenham, el descubridor del láudano, medicina inmortal; Newton descubre la atracción universal; Villa Yañez cultiva en España la Mineralogía, Agrícola la enseña en Alemania y Biringucio en Italia. Venecia da el ejemplo de los jardines botánicos, fundado el primero en Padua el año 1533; en París y Montpellier se cultivan plantas medicinales numerosas, según Tournefort y Quer, á semejanza del jardín de Calyolari, farmacéutico veronés, quien mereció ser llamado por Cuvier *el médico de Padua*.

Las agrupaciones científicas deben su fundación, hasta cierto grado, á los farmacéuticos: las academias científicas de París y Londres nacieron en casa de Geoffroy y Cross respectivamente. Muchos poetas han cautado las relaciones y excelencias de la medicina y la farmacia, entre los cuales podemos citar á Tibaldo Lespleignery, Agustín Ruescas, Antonio de Torquemada, con cuyo nombre cerramos este pequeño artículo.

E. C. ROQUE.

La Unión, 1895.

ULTRA.

Morir.... Dormir....—¿Dormir?—;Soñar acaso!

SHACKESPEARE.

I

Despierta corazón, esta es la hora:
Ya tu plegaria vespertina espera
La pobre compañera
Que á sombras del ciprés dormida mora.

Despierta, sí, despierta: ya incolora
Se angosta en las regiones del vacío
La franja del crepúsculo sombrío
Semejante á la franja de la aurora.

Mas no: ¡cuán diferente!

Ese sol esplendente

Que los cielos recorre paso á paso,
¡Qué alegre se levanta en el Oriente!
Y ¡qué triste se oculta en el ocaso!
Sonriendo, la aurora

Mece la cuna del naciente día;

El crepúsculo llora

Sobre el lecho mortal de su agonía.
Despierta, corazón: ¡esta es la hora!

*

¡Hora solemne y grave!

Su nido busca silenciosa el ave

Por el bosque vecino,

Y en la torre lejana

La trémula campana

Lanza el triste lamento vespertino;
Desde el cielo profundo,

Desplegando sus negros pabellones,
En fúnebres crespones

Va la noche cayendo sobre el mundo;
Al hálito invernal de Guadarrama,
La niebla, de los valles desprendida,
Por los desnudos árboles tendida
Cuelga su blanco tul de rama;
Y, con rumor de lúgubre misterio,
Tan vago que las auras no lo advierten,
Sobre mi frente su tristeza vierten
El sauce y el ciprés del cementerio.

Ellos, de mi dolor graves testigos,
Ya por suyo me cuentan y me miran:
Sus secretos me dicen como amigos
Sus sentimientos de piedad me inspiran;
Y tienen uno y otro por tan cierto
Ser mi propia mansión la sepultura,
Que, cuando en medio de la noche oscura
Salgo, dejando mi lugar desierto,
Se admira el sauce, y el ciprés murmura:
“¿A dónde vas, á dónde, pobre muerto?”

*

Aquí el alma se eleva y se contrista
Pensando en esta vida transitoria.

¿Qué es el hombre? ¡Ay de mí! ¡Fragil arista!

¡Mentira su saber! ¡Humo su gloria!

¡Nada en él que á la muerte al fin resista!

“¡Quitado de la vista,

Pronto se va también de la memoria!”

Ni amor ni gratitud le prestan nido:

Bien lo dice este osario
Sobre cuyo recinto solitario
Tiene sus alas el traidor olvido.
La hierba borra lo que fue sendero;
Y estas desiertas soledades cubre
(¡Miserable sudario postrimero!),

Ya con su nieve Enero,
Ya con sus hojas pálidas Octubre.
Abismo en cuyo fondo no medido
Ni penetra la luz ni el viento zumba,
Si es más honda que el bátraco la tumba,
Más hondo que la tumba es el olvido.

¡Vanidad! ¡Vanidad! ¡Miserable suerte
De todo humano bien! Gloria, riqueza,
Poder, talento, juventud, belleza...
¿Qué hay seguro en la vida, qué?—¡La muerte!

*

¿Y más allá?—¡La sombra inexplorada!
¡La negra inmensidad desconocida!
¡El misterio!

Con ola desmayada
Llega á la tumba el mar de nuestra vida
Mas lo que al hombre espera
Detrás de aquel estrecho tenebroso,
¿Es puerto de reposo,
Ó es nuevo mar sin fondo y sin ribera?

Cuando un cadáver miro,
Mudo de horror, ni aliento ni respiro.
¡Ay! aquella tensión inmóvil y fría,
¿Es inercia? ¿es dolor? ¿es sueño? ¿es calma?...
¡Problema que á la ciencia desafía!
¡Oh eternidad sombría!
¡Oh abismo de los vértigos del alma!

“¡Morir!—¡Dormir!—¡Dormir!—¡Soñar, acaso!”
Y esa es la duda que nos turba el pecho
Ante el último paso

Que lleva, oh tumba, á tu recinto estrecho!
¿Duda espantosa que la mente enerva!
¿Es materia no mas, materia inerte,
Lo que de nuestro sér al fin conserva
En sus garras fatídicas la muerte?

¡Espíritu... ¡Materia!—¡Unión oscura
Que en vano el sabio deslindar procura!
¿A qué esa dualidad mal definida
Conque el hombre duplica su miseria?
Para explicar la vida,
El espíritu basta, ó la materia.

Pero ¿cuál?—Cuando enfoca nuestro lente,
Oh sabios, el anverso y el reverso

De la cuestión, ¿qué queda al fin patente?
 ¿Es mi mente porción del universo,
 O el universo engendro de mi mente?
 ¡Problema tremebundo,
 Que à todo pensador arruga el ceño!
 Yo, cuando en duda tal el juicio empeno,
 Aquí, de la conciencia en lo profundo,
 Mejor concibo el mundo como un sueño
 Que el alma como un átomo del mundo!

*
 Mas, en rigor ¿qué añade á mi ventura
 Ser espíritu ó ser materia impura?
 Esto que piensa, en mí (sea cual sea:
 Almo soplo divino
 Que ingrávido los orbes señorea,
 O átomo miserable que, sin tino,
 En ciegos torbellino,
 Del mundo con los átomos guerrea.)
 Ello es que existe y siente;
 Y, obra de Dios ó aborto de sí mismo,
 Siempre ha de hallar presente,
 ¡Oh eternidad! tu inevitable abismo.

Triste verdad, pero verdad notoria.
 Dilema que no admite dilatoria:
 Si existe Dios, existe la justicia;
 Y la inicua malicia
 Y la virtud constante y meritoria
 Han de encontrar eterno
 El premio en las delicias de la gloria
 O el castigo en las penas del infierno.
 Si Dios no existe como fuerza externa,
 Si Él no sacó los mundos de la nada,
 La materia es eterna:
 Porque eterna ha de ser, siendo increada.
 Mas, si en ella el espíritu no anida,
 Si ella sola se rige y se gobierna,
 Ella ha de ser quien sufre dolorida:
 Y, eterno el mundo y el dolor eterno,
 Siempre hallará la mente confundida.
 A falta de las penas del infierno,
 El espantoso infierno de la vida!

*
 ¡Una vida tras otra!—¡Horrenda suerte!
 ¡Perdurable agonía!—
 ¡En pos de las tinieblas de la muerte,
 Surge el lívido albor de un nuevo día!
 ¡Eterno, inexcusable cataclismo!
 ¡Tras un abismo, un monte!....
 ¡Tras un monte, un abismo!....
 ¡Y un horizonte en pos de otro horizonte!.....
 ¡Y otro!... ¡Y otro después!... —¡Siempre lo mismo!
 ¡Funesto aborto del sepulcro inerte,
 Cada breve existencia consumida
 Termina en las congostas de otra muerte,
 Germen de los tormentos de otra vida!

¡Batalla eterna, misteriosa y muda!
 Sobre este helado suelo que ahora, insano,

De su verdor el ábrego desnuda,
 Poderoso y lozano
 Su agreste pompa tenderá el verano.
 Con inconsciente amor la madre tierra,
 Que los yertes despojos
 De cuanto ha sido, en su regazo encierra,
 Fecundizada por los rayos rojos
 Del sol primaveral, trocará en germen
 De vida y de vigor la podredumbre
 De esas reliquias que ateridas duermen.
 Por la voraz raíz arrebatados,
 En ciega muchedumbre,
 Los átomos que hoy yacen disgregados
 Serán á influjo de la etérea lumbre
 En savia exuberante transformados.
 De ellas tomando aromas y colores,
 La verde rama cubrirán las flores.
 Y la flor, convertida en dulce fruto,
 Al hombre avaro rendirá tributo:
 Tributo que, á las fuentes de la vida
 Dando nuevo caudal con nuevos dones,
 Nuevas generaciones
 Te traerá, Humanidad nunca extinguida!

¡Oh fosa! En tus arcanos,
 Que las tinieblas de la muerte enlutan,
 Voraces los gusanos
 La podredumbre humana se disputan;
 Y los hombres, inquieta muchedumbre
 Que pulula espantosa,
 Otros gusanos son, que en otra fosa
 Devoran otra horrible podredumbre.

¡Festín abominable!
 Los seres á los seres devorando,
 Con furor insaciable
 Van el suplicio eterno renovando,
 Así, en lucha jamás interrumpida,
 La muerte se alimenta de la vida,
 La vida se alimenta de la muerte,
 Y—¡oh pavoroso arcano!—
 El sér humano en polvo se convierte,
 Y el polvo se convierte en sér humano!

*
 Y si, por dura ley reconocida,
 Es la vida función de la materia,
 Y el dolor consecuencia de la vida,
 ¿Qué esperanza de paz, segura y seria,
 Nos das, oh eternidad nunca eludida?

En vano, consternado, miro al cielo:
 El trémulo fulgor de las estrellas
 No me asegura el bien que, loco, anhelo.
 ¡La ley universal columbro en ellas!

Si tiendo la mirada con recelo
 Por la estrellada bóveda serena,
 O la convierto á la región oscura

Donde el hombre, amarrado á su cadena,
La frente inclina con dolor al suelo.—
Desde el astro que vívido fulgura

En la celeste altura,
Hasta la leve titilante gota
Que refringe su luz como un topacio
La vida universal llena el espacio,
La vida universal el tiempo agota.
Ante la inmensidad todo es lo mismo:
Y, en ciego perdurable cataclismo,
Siempre de angustias y dolor fecundos,
Átomos son los mundos.

Y mundos son los átomos.—¡Abismo!—
La nebulosa apenas percibida,
De millones de soles niebla densa.
Es menuda molécula perdida
Del negro espacio en la extensión inmensa;
Y la azucena que entreabrió á la aurora

La copa tembladora
De sus pétalos cándidos y tersos,
Lleva por gala, entre el follaje umbrío,
Millones de millones de universos
En cada limpia gota de rocío!

Y, con giro incesante,
De la nítida gota en lo profundo,
Cada invisible mundo
Siglos de siglos vive en cada instante.
La importancia del tiempo es á medida
De cada sér el universo adscrito;
En cada sér que puebla lo infinito
Es diferente el ritmo de la vida;
Interminable cielo es en el uno
Lo que, en el otro, indivisible instante:
¡Para llenar un año de Neptuno,
Un siglo de la Tierra no es bastante!

¡Confusión! ¡Nada es grande ni pequeño!
A veces, contemplado de hito en hito,
Se desvanece el mundo como un sueño;
Y á veces, cuando atónito medito,
De un lado y otro, más fatal, más fosca,
Su inmensa curva enroscada
La siniestra espiral del infinito!

No me habléis de esas fúlgidas esferas
Que mansiones del bien finge la mente:
Su paz, su dicha, su tranquilo ambiente,
Quimeras son no más, ¡vanas quimeras!
Porque deslumbre su esplendor mis ojos!

¡Esas pobres lumbres
Han de ser realidad de mis antojos?
¡Ilusión! Esta vil tierra mezquina
Donde reina la muerte,
Donde el dolor domina,
Donde el débil es víctima del fuerte,
Donde el hombre, juguete de la suerte,
Falso en su fe, mudable en sus consejos,

Vive propenso al mal, y al bien rehacio,—
¡Esta tierra también, vista de lejos,
Es un astro en las sombras del espacio!

Una en esencia, en formas diferente,
La gran Naturaleza, conmovida
Por su fuerza immanente,
Con giro permanente
Y en cadena jamás interrumpida,
Todo lo crea y todo lo destruye,
Y, deshecho, otra vez lo reconstruye
Con apariencia nunca repetida.
Y, en esta fuente que perenne fluye,
Morir es renacer á nueva vida,
Que á una pena otra pena sustituye.

*

Y, si vivo á tortura condenado,
¿Qué alivio dan á mi tormento duro
El ciego olvido del dolor pasado,
Ni la ciega ignorancia del futuro?

De mi anterior y venidera historia
Nada el inquieto pensamiento alcanza
¡Por un lado se ofusca la memoria!
¡Por otro se confunde la esperanza!
Aun en esta fugaz vida presente,
Las huellas de pesares y venturas,
Del tiempo con la rápida corriente
Se borran de la mente
Cual labor en arenas inseguras:
Con más causa, imprevistas ú olvidadas,
Las dichas y amarguras
De existencias pasadas y futuras
En profundo misterio están veladas;
Y, entre densas tinieblas apiñadas,
Esta vida de angustias y de tedio
Es un instante conocido, en medio
De dos eternidades ignoradas.

Pero, aunque nada mi conciencia sabe
De ese ayer, ya remoto, ya vecino,
¿Es mi carga presente menos grave
Ni menos escabroso mi camino?
Por contener un vino y otro vino,
¿Guarda de todos la fragancia el vaso?
¡O, de los vientos combatido acaso
Recuerda el mastelero de la nave
Cuando surca veloz las verdes ondas,
El canto melancólico del ave
Que ayer el nido cobijó en sus frondas?

Pálido, torvo, sin valor, sin tino,
Por los resquicios del eterno muro
Que oculta lo pasado y lo futuro,
Se asoma inquieto el hombre á su destino,
Como á un abismo obscuro
Entre las sombras avanzando el cuello,
Nada ve, nada alcanza. Mas, si escucha,

Lamentos oye de lejana lucha,
Clamores que le erizan el cabello!

·Vive en tinieblas, ánimo impaciente!
Mas lo que no consiente
Negaciones ni dudas, lo seguro
Es el dolor presente,
Recuerdo y vaticinio permanente
Del pasado dolor y del futuro.
Viviendo la materia eternamente,
Cada átomo del mundo es un cautivo,
Cada estrella del cielo una espelunca.
Si á veces me pregunto pensativo
Cuándo el tormento cesará en que vivo,
Cada astro es una voz que dice: "¡Nunca!"

¡Oh armonía del mundo,
Del eterno dolor eterno grito!
¡Oh manantial del sér, negro y profundo!
¡Oh trabajo infecundo:
"¡Verter lo inagotable en lo infinito!"

*
¿Y es ésta la ventura
Que á mi angustia mortal brinda el ateo?
Cuando en el libro de la vida leo,
Siempre te encuentro, eternidad obscura;
Y, al descifrar la página futura,
Creo en el mal cuando en el bien no creo.

¡Triste materialismo,
Tu esperanza más clara y más segura
Es caer de un abismo en otro abismo!
Si justiciero existe un Dios eterno,
Infierno puede haber, puede haber gloria;
Mas si es lo eterno la mundana escoria,
Y es su ley el dolor, todo es infierno!

¿Dónde la nada está? ¿Dónde se encierra
La perdurable paz que ansié demente?
Eterna la materia, eternamente
Al sér mantiene con el sér en guerra.

¡Sin la imagen de Dios omnipotente,
El infinito material aterra!

II

Mas, de improviso, en niebla tan sombría
La luz de la esperanza reverbera;
Su faro enciende la conciencia austera;
Y al puro rayo que su llama envía,
La impiedad vocinglera
Calla con estupor, como quien viera
En la alta noche despuntar el día.

En vano á la evidencia me resisto,
Cuando yo propio el argumento ofrezco
Contra el error en que tenaz insisto;
Aborreciendo el padecer, padezco;
Aborreciendo la existencia, existo;

Y aun recuso el poder de otro más fuerte,
Que, providente acaso, acaso ciego,
Insensible á la queja y sordo al ruego
Dispone de mi suerte?

Si de mí mi destino dependiera,
Si muerte fuera para mí la muerte,
¿Cuándo lo que padezco padeciera?

Existe Dios; existe, y en Él creo
No es mentida ilusión de mi deseo;
¡Cuanto más iracundo
Cierro los ojos á la luz del mundo,
Mejor su faz en mi conciencia veo!
Los que juzgan inútil su existencia,
Por más que en la impiedad ciegos se gocean,
Para fundar su ciencia,
Sujeto á ley el mundo reconocen.—
¿Ley sin legislador?—¡Sueño! ¡Demencia!

Pero ese Dios potente y soberano,
¿Es de venturas perennal venero?
¿Es de miserias manantial insano?
Vengativo, elemento ó justiciero,
¿Qué es para el hombre, en fin? ¿Padre ó tirano?

Quando á veces sus obras considero
[Mal que á mi fe y á mi esperanza cuadre],
Aunque á sus pies postrado le venero,
Por tirano le tengo, y no por padre.
Si todo es obra de su fuerte diestra,
Si en todo brilla su saber profundo,
¿Quién lanzó á las tinieblas de este mundo
Tanta cosa siniestra?

¿Quién puso al tiburón la triple fila
De sus dientes voraces?
¿Quién en secreto aflita

Las garras de las fieras montaraces?
¿Quién erizó la zarza punzadora?
Que el pie desnudo del mendigo araña
¿Quién la naciente espiga bienhechora
En los brazos ahogó de la cizaña?
¿Quién á los ojos del insomne buho
Dio la atracción que al pájaro fascina?
¿Quién dirige de noche el triste dúo
Del lince y de la loba en la neblina?
¿Quién el veneno destiló en el pomo
De su cóncavo diente á la culebra?
¿Quién la virtud, cual frágil vidrio, quiebra?
¿Qué juez firmó: sellándolas con plomo,
Las sentencias que el báratro celebra,
Y su pluma infernal limpió en el lomo
Del tigre, del leopardo y de la zebra?
Si es Dios creador, y bueno, y soberano,
¿De dónde nace el mal?—¡Horrible arcano!

¡Nadie examina sin pavor, Dios mío,
Misterio tan tremendo y tan profundo!

Mas ¡no! cuando en tu luz el alma inundo,
Yo, á despecho del mal, en ti confío.

El mal no es obra tuya: es el vacío
Que, donde faltas Tú, queda en el mundo!

Si el mundo, como Tú, fuera perfecto,
Su esencia con tu esencia fundiría,
Y tus obras quedarán sin efecto:
El mundo que tu mano formó un día,
Sólo puede existir siendo imperfecto.
La imperfección, que es ley de su existencia.
A todas horas, por doquier, trasluce:
Sólo forzando su bastarda esencia,
 Tu sabia providencia;
De los senos del mal, el bien produce.
Si tu ardiente mirada no ilumina
 La cúpula del cielo,
La obscuridad sus ámbitos domina,
Y, entre los pliegues del nocturno velo,
Hacia la nada la creación camina;
Si de tu aliento bienhechor carece
 La selva enmarañada,
De efluvios delectérecos impregnada
La brisa nuestras fuerzas entumece,
Y la flor de la adelfa nos ofrece
Su purpurina copa envenenada;
Si tu mano las rocas no encadena
Los altos montes desquiciados crujen;
Y si tu angusta voz no los refrena,
El león y el volcán furiosos rugen.

*

Y es bien, Señor, es bien que así suceda:
Sin el terror que en la conciencia queda
Tras los azares de la humana vida,
Quién habrá que atajar el vuelo pueda
De la soberbia, que en el alma anida
Como el ave nocturna en la arboleda?

¡Oh! Cuando de mi juicio temerario
Me aparta la razón, á luz más clara
Tu rigor considero necesario:
 Si tu mano severa,
Cuando yerro, mi error no castigara,
¿En qué tu omnipotencia conociera?

Desde el primer sollozo de la cuna,
Sed de placer, ardiente, nos devora:
Cuanto el mundo en sus senos atesora
Pedimos por tributo á la fortuna;
 Y cuanto bien gozamos
Bajo la esfera de la blanca luna
Obra de nuestro mérito juzgamos.
Desvanecido por la dicha el hombre,
Aunque los ojos torne, á lo infinito
No ve, Señor, tu sacrosanto nombre
Con viva luz en el zenit escrito:
Sus turbios ojos la soberbia empaña,
Cual polvo por el viento arrebatado;
Pero al fin te descubre, consternado,
Si ardiente el llanto sus pupilas baña.

El dolor es la espina punzadora
Que nos hace bajar la vista al suelo;
Pero, en las sombras del humano duelo,
El es también la mano redentora
 Que nos indica el cielo.
El dolor nos advierte
Que encima de esa bóveda estrellada
 Hay un Dios justo y fuerte
Árbitro de la vida y de la muerte,
Señor del universo y de la nada.

No son dos dioses, no, como allá un día
 Persia ciega creía;
Persia, que cuando el cielo contemplaba,
Dos poderes contrarios descubría:
Uno que las estrellas inflamaba,
Otro que las estrellas extinguía.
Sólo una mano el universo mueve,
 El aire que la nieve
Cuaja en las altas cimas de Moncayo
 Es el mismo en que Mayo
Tibia la esencia de sus flores bebe;
Así también, sin ira ni desmayo,
La diestra que los mundos equilibra
 Es la misma que el rayo
Sobre la frente de los mundos vibra.
 Justo á un tiempo y elemento
Dios la piedad con el rigor hermana:
Su cólera, volcán incandescente,
Confunde á veces la soberbia humana
Con hórrido aluvión de lava hirviente;
 ¡Pero, á su pie, la fuente
Del eterno perdón perenne mana!

*

Atribulado espíritu, ¡despiérta!
Si á Dios acudes, la esplendente puerta,
Límite de los ámbitos del cielo,
Jamás cerrada encontrarás tu anhelo:
¡Abierta está, de par en par abierta!

 La puerta del abismo
Ésa no la abre Dios: ¡la abres tú mismo

¿Ni qué otro abismo que tu mente obscura?

Como arrastra el forzado su cadena,
Sujeta al pie, colgada á la cintura,
Oh conciencia, en tu lóbrega clausura,
Cada crimen arrastra en pos su pena.
No esperes, criminal, con ansia vana
Esquivar el fatídico escarmiento:
Si á veces duerme la justicia humana,
Tremenda la justicia soberana
Suscita el velador remordimiento.
¡En vano, en vano intentarás la huida?
Seguro, inevitable es el castigo;
Que, de ti propio acusador testigo,
 Mientras dura tu vida,

Donde quiera que vayas, vas contigo!

En público y á solas,

Oh miserable criminal perverso!

Ya cuando ruge el huracán adverso,

Ya cuando braman las revueltas olas,

Tienes por enemigo al universo;

Y, en el silencio de la noche, cuando

Vas por la obscura selva caminando,

Si alzas la vista al estrellado cielo,

Hondo pavor á tu conciencia inspiran

Esos ojos sin rostro que te miran

Entre las sombras del nocturno velo.

Como entra en lo profundo

De la cloaca vii precipitado

Fuliginoso cieno nauseabundo

Por la lluvia del cielo arrebatado,

Así, en negro aluvión, de horror preñado,

La nocturna tiniebla que á deshora

Con los rayos del sol barre la aurora

Se sume en la conciencia del malvado.

Espantosa caverna

Donde, á manera de nocturnas aves,

Tristes anidan las congojas graves,

Su alma vive bañada en noche eterna.

Mas si se vuelve á Dios con fe segura,

Dios en ella sus dones multiplica,

Y en luz la anega, y calma su amargura,

Y al fuego del dolor la purifica.

El dolor—¡oh misterio!—

El dolor no es el mal; ¡es el cauterio

Que á nuestra corrupción el Cielo aplica!

Corazón miserable, nunca dudes

De la bondad divina en tu impaciencia.

Con santa competencia

Brillan en Dios potentes dos virtudes:

Exentas de flaqueza y de sevicia,

Siempre ante la Divina Omnipotencia

Resiste á la Clemencia la Justicia,

Mas vence á la Justicia la Clemencia.

Por quién tomas á Dios? ¡Por quién?—Su Esencia,

De toda perfección norma segura,

Su bondad evidencia:

Inmenso es su poder; su inteligencia

Más que la luz fulgura;

Y marchita se agosta en su presencia

Toda humana hermosura.

A sus altos decretos

El tiempo y el espacio están sujetos.

Todo á sus santas leyes obedece

Desde el astro que inmóvil resplandece

En la cúpula azul del firmamento,

Hasta el bólido raudo que parece

Gallardete de luz tendido al viento.

Todo á su augusto imperio se sujeta:

Hasta el vago cometa,

Que del cielo se pierde en lo profundo,

Ó junto al sol tremola

Tendida al éter la candente cola

Augurando catástrofes al mundo.

En su órbita encerrado le venera;

Y, si de ella se aparta vagabundo,

Dios, con su mano que en la sombra oculta,

Lo ataja en la mitad de su carrera,

Lo prende por la ardiente cabellera,

Y en los negros espacios lo sepulta.

Para su voluntad, todo es posible.

Para su comprensión, todo es pequeño;

Que, del sér y el no sér, árbitro y dueño,

El torna en realidad lo inconcebible,

Y lo evidente, en sueño.—

¡Triste oprobio de humanas vanidades!

De unas á otras edades,

Sombras ayer, mañana resplandores,

Las antiguas verdades son errores

Los antiguos errores son verdades.

Sólo es segura, oh Dios, tu inteligencia:

Ciega y muda ante Ti, borra la ciencia

La página que ha escrito.

En tu mente se anega lo infinito;

La eternidad se encoge en tu presencia.

Tu hermosura pregona el firmamento.

Ante tu dulce aliento,

Efluvio pestilente

Despiden los fragantes cinamomos;

Y los rayos del sol resplandeciente,

Ante los rayos de tu excelsa frente

Dicen temblando:—“¡Oh Dios! tinieblas somos!”

Ya esa Esencia divina,

Que en sí la plenitud del bien encierra,

¿Puede faltar, oh amor, tu peregrina

Lumbrera, que ilumina

Los ámbitos del cielo y de la tierra?

¡Oh dulce ley forzosa!

¡Qué es el amor, qué es el amor, Dios mío,

Sino el lujo del sér en quien rebosa

Vida, fuerza, valor y poderío?

¡Fuerza! ¡Amor! ¡Dos palabras

Que un solo bien acordes significan!

Tú, amor, con tu poder el mundo labras;

Tus alientos los orbes vivifican,

Por tu saeta herido,

Su trino el ruiseñor alza en la olmeda;

Por ti el águila enreda

Sobre el alto peñón su toscó nido.

Por ti el lirio campestre

Segrega el dulce aroma de su estambre;
Por ti zumba el enjambre;

Que agota el zumo al romeral silvestre;
A tu hálito fecundo,

Se inunda en lluvia de placer el mundo:

Despide la violeta su fragancia,

Rebosa la colmena, su tesoro

La vid nudosa en el lagar escancia,

Y la granada espiga, en letras de oro,

Repite por los campos:—“¡Abundancia!”

¡Oh amor, oh amor, tu diestra omnipotente

Los astros á los astros eslabona!

Tú ciñes con tus manos á la frente

De la noche su espléndida corona:

Sin tu tierno latido

Que conmueve los átomos, perdido

El dulce effluvio que entre sí se envían,

Como el diamante en el crisol fundido

Los astros á la nada volverían.

Tú, más casto, más puro,

A más sublime condición nos llevas

Si el alma humana misterioso elevas

Mostrándole en el cielo el bien futuro.

Tú solitario habitas

El obscuro rincón de las ermitas

Perdidas en los páramos desiertos;

Tú en el retiro y la oración marchitas

Las frentes de los santos cenobitas

Que ruegan por los vivos y los muertos.

¡Oh universo, hervidero de la vida,

Fuente perenne que á torrentes manas,

Tú, en unión por el cielo bendecida,

Fuerza y amor hermanas!

Por más que el hombre su sentido tuerza

FUERZA y AMOR, en ti como en el hombre,

Un bien expresan con distinto nombre;

Y fuerza es el amor, y amor la fuerza.

*

Y, siendo Dios la Fuerza Omnipotente

Que el mundo esparce, como esparce el prisma

Los colores del sol resplandeciente,

¿No ha de ser el Amor su Esencia misma?

Señor, que en tu infinito poderío

El universo riges con tu dedo,

Sólo de tu piedad duda el impío:

¡No cabe en ti, Dios mío,

La cobarde crueldad hija del miedo!

Mal tu poder comprende

Quien teme que piadoso lo desdore:

¡El hombre cuyo pecho el odio enciende,

Es quien tu gloria ofende

Consagrando en tus aras sus rencores!

*

Alienta, corazón! La Omnipotencia

No puede ser cruel: el Fuerte es Bueno.
Y no hay bondad cumplida sin elemencia.

Señor, si al hombre que, de dudas lleno,
Doblando la rodilla,

Bajo tu potestad la frente humilla,

Rechazaras airado de tu seno;

Si con juicio sereno

Condenaras su flaca inteligencia

Por no alcanzar misterios de tu esencia;

Si, de piedad y compasión ajeno,

Descargaras en él tu airada mano,

Y en su error te ensañaras vengativo,—

Yo misero mortal, yo vil gusano,

Yo, que más generoso te concibo,

Fuera mejor que Tú, Dios soberano!

¡No!: mi mente turbada

Podrá errar si tu Esencia considera;

Mi inteligencia durará ofuscada,

Pero mi corazón seguro espera.

Y es tan viva esta fe, que si del cielo

Viera hundirse la bóveda estrellada

Y los mundos volver en corvo vuelo

A los lóbregos senos de la nada,—

Del negro espacio en la región vacía,

Transido de pavor, mudo de espanto,

¡Dios clemente, Dios santo,

Yo en tu inmensa bondad esperaría!

¡Oh! Cuando el alma hiera

La luz que en tu mirada centellea,

No hay un átomo en mí que en Ti no crea,

No hay un átomo en mí que en Ti no espere;

Y ciego con los vívidos destellos

Que ofuscan mi turbada fantasía,

A expresarte mi amor no alcanzaría

Si lenguas se tornaran mis cabellos!

*

Este férvido amor que á Dios se lanza

Buscando lo perfecto en lo absoluto;

Esta firme esperanza

Que robustecen el dolor y el luto;

Esta fe poderosa

Que ilumina las sombras del misterio,

Hablan al corazón en cada fosa

De tu recinto, ¡oh mudo cementerio!

Por eso, con la mente obscurecida,

Pero con la conciencia despejada,

Cansado de la vida,

Pero á vivir el alma resignada;

Fiel á Dios y á la esposa

Que en ti cayó desde mis brazos yerta

Y en tu seno esperándome reposa,

¡Oh muda tumba solitaria y fría,

Donde ni un eco mi clamor despierta,
Yo, al expirar la luz de cada día,
Sin miedo y con amor llamo á tu puerta!

FEDERICO BALART.

IDEALISMO—REALISMO

Fijemos el sentido de las palabras. Qué es la *realidad*? Las grandes obras de á principios de siglo; las de Goethe, Chateaubriand, Schiller, Víctor Hugo y Lamartine reflejan la epopeya de la Revolución Francesa y de la éra napoleónica. Todo es grande en esa época. Este mismo confín del orbe—la América Central, se agiganta en aquellos días: Morazán es el hombre de hierro que batalla quince años consecutivos, que embiste una plaza á riesgo de pasar sobre los despojos de su familia, que el enemigo amenaza inmolarse: los ciento doce cazadores de Gualcho quedan muertos “en formación” sin ceder una línea: el enemigo, respetando su valor “no se atrevió á pasar sobre los cadáveres de aquellos héroes y desfiló flanqueándolos,” dice el héroe. Los soldados valen tanto como el Jefe. Esta es una *realidad*.

En la historia son *realidad* Moisés, Confucio; Sócrates, Juvenal, Tácito, Dante; Alejandro, César, Carlomagno; Codro, los Horacios; Buda, San Vicente de Paul, San Agustín, San Jerónimo, . . . Se puede llenar varios tomos con esta empezada enumeración. Los grandes novelistas ó los poetas, que crean tipos parecidos, están en plena *realidad*. Ahora bien, la Historia hierve también en malos.

Lo que pasa en la Historia pasa

en la sociedad, en cuyos ignorados anales hay mucho bueno y también mucho malo.

Los tipos que la buena literatura crea, desde Juan Valjean hasta Thenardier en *Los Miserables* de Víctor Hugo, por ejemplo, todos son *reales*, porque existen en la humanidad, de quien toma el arte los componentes de sus creaciones, la virtud y la maldad en todos sus grados.

Si la realidad, pues, que en absoluto, “es lo que es,” en el arte “es lo verosímil”, todo arte, por relativa que sea su verosimilitud, tiene elementos reales, y es en proporción, *realista*.

**

Ahora bien; no hay hecho humano, y aun de la naturaleza exterior, á que no presida una idea ni obra literaria á que no presida un sistema de ideas: detrás de toda obra literaria hay “una filosofía.”

Esto quiere decir, que toda buena obra literaria, así como es *realista*, si lo hemos probado, es, al mismo tiempo, *idealista*. Tal obra se compone de hechos, de pasiones y de caracteres verosímiles, es decir, “que pueden existir ó han existido:” este es su *realismo*; pero esos elementos se combinan y forman el conjunto de la obra, según la *idea*, según la filosofía, que presiden á su formación: este es su *idealismo*. La división hecha á ese respecto es puramente artificial: pura ilusión de óptica de los críticos; expliquemos su origen.

**

Los escritores franceses de principios de siglo, Chateaubriand, Lamartine y Víctor Hugo, que llegaron los primeros, estudiaron lo sublime de la realidad: imitaron en sus obras las realidades de la

Revolución y de la era napoleónica: es decir, utilizaron las grandes realidades, se inspiraron en las grandes virtudes. Comparando la *realidad* con una escala tan grande como la de Jacob, cuya última grada, perdida en los abismos, fuese el célebre asesino Cartouche, y cuya cima fuese el Cristo, aquellos escritores se caracterizaron por haber tomado sus conocidos personajes de las varias alturas de tal gradación, sin dejar por eso de proveerse en los abismos. Los escritores franceses que llegaron á mediados del siglo, no encontraron de los tiempos heroicos sino los desengaños: en la sociedad en que ellos vivieron no se erguía sino lo vulgar, lo feo, lo malo: quedaban atrás Aquiles y Homero. "Lo que han dicho esos grandes escritores, pensaron, es falso: tornemos á la *realidad*"—y tomaron los elementos de su literatura, insistiendo en nuestro símil, en la tercera parte inferior de la escala, creyeron que describiendo por sistema solamente lo vulgar, lo vicioso, lo brutal y lo feo, ellos eran dueños exclusivos de los elementos *reales* del arte. Aun así, olvidados de la faz luminosa de la historia, sus obras habrían sido buenas si no hubiesen sido ellos, no extraña el lector la expresión, — *demasiado idealistas*, malos filósofos.

Es decir, fueron exajerados en sus ideas, en su lógica; tan exajerados, que retrocedieron en la Historia de la Filosofía lo menos tres mil años!

¿Qué iban á estudiar en el hombre? Sólo el crimen y el vicio y no desde un punto de vista moral sino fisiológico, orgánico, atávico, hereditario: es decir, desde el punto de vista de la materia organizada. Para esto les fue preciso no ver en el hombre sino el animal; por consiguiente, tuvieron que ni-

velarlo con la naturaleza exterior, con la naturaleza bruta. Y no se hace esto sin quedar preso en el sistema de las leyes fatales de esa misma ciega naturaleza. La filosofía primitiva, la de la India, la de la edad prehomérica, cuando el hombre veía una ley y un dios en la bestia, se les impuso: ya no bastó la palabra *realismo*, se acertó con la expresión: una nueva escuela se llamó *naturalista*. Vino lógicamente el sistema filosófico correspondiente á esa edad primitiva, en que las leyes de la materia suplían las de la conciencia humana: la filosofía de Orfeo, la del *Ramayana*; cuyo rastro aun se ve en la Iliada y la Odisea y en el *Antiguo Testamento*, dominó á grandes escritores del siglo XIX; esta filosofía es el fatalismo materialista. Así en Zola los personajes son máquinas: él les ha negado la libertad, que no existe dentro de las leyes de la naturaleza bruta, en que impera la fatalidad; la libertad! que es un mundo descubierto y conquistado por el espíritu humano. Los personajes de la escuela naturalista son perros, gatos, monos, tigres, hienas: todo lo hace en ellos la materia: todo es fatalismo, fisiológico ó colectivo como en los árboles, como en la selva, como en los buitres, ó en los rebaños. El panteísmo primitivo, la primera faz de la filosofía humana, se apoderó de notables novelistas, bajo disfraz científico, [religioso, como en la edad prehistórica, no era posible,] sin que, á juzgar por las declaraciones del pontífice naturalista, se hubiese él dado cuenta de ello, fenómeno más frecuente de lo que puede pensarse. Pocos hombres de la Historia dominan el sistema de ideas, la filosofía, buena ó mala, que les mueve. Las ideas son un resorte y es sabido que muchas de sus leyes y relaciones son desconocidas mientras no

llegan Sócrates ó Kant y las exploran y descubren.

“La bestia humana”, “Nana”, “La Tierra”, son obras naturalistas como el libro de *Ruth*, como los idilios de Teócrito, como toda la literatura que inspiraran los panteísmos primitivos; con esta diferencia, que ésta es ingenua y la de Zola tiene pretensiones científicas;—y todas las obras que ha hecho producir al formar escuela, han sido escritas con el *malestar de conciencia* de espíritus que viven en el siglo XIX.— No se puede ser naturalista como Valmiki ó como Homero, con inocencia y grandeza, después que, sobre la filosofía primitiva, el genio del hombre ha descubierto en los cielos del pensamiento nuevas verdades como otros tantos soles, nuevos sistemas de ideas como otras tantas constelaciones; después que Anaxágoras halla el espíritu difuso en la creación y obtiene un triunfo definitivo sobre la materia fatal; después que Sócrates liberta al hombre de ese espíritu universal y crea al individuo revelándole su personal conciencia; después que Jesucristo abre á esa individuo las puertas del infinito y lo hace inmortal en los senos de la eternidad; después que el Renacimiento le entrega como una hermosa esclava la Naturaleza, que antes fuera su dueña y su déspota, y después que la Revolución Francesa lo arranca al panteísmo del Estado y lo hace libre en medio de la sociedad. Como toda obra literaria, quiera ó no quiera su autor, es una generalización, en la escuela de Emilio Zola la humanidad se ha sentido ultrajada: le robaban sus grandes ideas. La tornaban á las ligaduras de las leyes de la materia, á élla, que tanto ha luchado por ser libre! Por eso los pueblos individualistas como Alemania, Inglaterra y Estados Uni-

dos han prohibido la entrada á los libros naturalistas.

Lo malo, pues, del Naturalismo, no son sus asuntos ni su lenguaje: iguales los hallamos en algunos pasajes del místico Dante Alighieri y del exquisito Miguel de Cervantes: más descarnados aún en Rebelais: conocido es el desenfado muy raro, pero asaz famoso, de Victor Hugo.

El defecto de la escuela naturalista es la Filosofía que la anima: *su idealismo* que es “demasiado” porque es retrospectivo; porque es un violento y horrible esfuerzo que atraviesa todos los dominios que ha conquistado el espíritu humano, y en pleno siglo XIX, disfrazándolo de ciencia moderna, nos impone el sistema filosófico que imperara en el aduar troglodita.

Toda literatura, pues, es, ante todo, idealista; y al mismo tiempo y forzosamente, realista. Su bondad depende de su filosofía

FRANCISCO GAVIDIA.

A SUCRE,

Gran Mariscal de Ayacucho.

(En el primer centenario de su nacimiento.)

Para “La Juventud Salvadoreña”,

“; *Es preciso vencer!*”, ordena airado
El Héroe de Junín . . . Su gloria entera,
La libertad de un mundo pareciera,
Si Sucre en Ayacucho es destrozado!

Mas Sucre, por Bolívar adiestrado,
Sabe triunfar . . . Empuña la bandera
De redención; y allí la gente ibera
Rinde á sus pies el cetro ensangrentado.

¡Oh Suere! sobre el Ande enaltecida,
Tu gloria en alas va de los condores,
Y á un mundo ofrece libertad y vida.

Por peana inmortal de tus honores
Chimborazo te da su cumbre erguida,
Y por diadema el Sol sus resplandores.

Guatemala, febrero 3 de 1895.

JUAN FERMÍN AYCINENA.

LA FLECHA Y EL CANTO.

[Versión libre del inglés de Longfellow.]

Una flecha arrojé del arco de oro,
La vi un punto brillar y se perdió;
Me fue imposible perseguir su vuelo,
Pues el espacio rápida cruzó.

Luego á los aires arrojé mi canto
Al sencillo compás de mi laúd;
Pero no pude perseguir su vuelo,
Porque perdióse en el confín azul.

Muchos años después, la flecha de oro
Intacta en una encina la encontré,
Y la canción perdida de mi alma
En tu amoroso corazón la hallé.

ROMÁN MAYORGA RIVAS.

UNA SUICIDA.

SEGUNDA PARTE DE "UN SUICIDA."

Escrito para "La Juventud Salvadoreña" y
dedicado á mi estimado amigo doctor don Segismundo Arriaga.

—Decididamente, estos días, á
pesar de ser tan bellos, tienen al-

go fatalmente extraordinario... Otra nota judicial en que me piden reconozca el cadáver de una suicida!... ¡Y mujer!... Vaya una cosa, si no nueva, al menos sorprendente.

Después de lanzar al aire estas exclamaciones, tomé mi sombrero y mi varita, dirigiéndome inmediatamente á casa de la joven suicida.....

Cuando llegué, ya mis otros compañeros estaban allí, y no hubo inconveniente en practicar en seguida el reconocimiento del cadáver: la joven había muerto envenenada con digitalina; el cadáver no tenía señales de otra clase de muerte: además, la suicida declaraba en confesión escrita, que ese veneno emplearía para quitarse una vida que le era tan enojosa.

Yo, curioso é impresionable por naturaleza, no apartaba mis ojos de la muerta; si hubiera estado viva, la habría amado con locura, porque era bellísima, más bella de lo que yo había soñado pudiera serlo criatura humana... Y estar ya muerta!... ¿Y por qué, Dios mío, siendo tan joven y tan bella, suicidarse?.....

Oh! yo quería saber esto, y puse los medios para averiguarlo.

Me dirigí á una de las señoritas que, llorando, cuidaban, por última vez, el cadáver de su malograda amiga.

—¡Qué lástima!—le dije—tan joven, tan hermosa,..... y matarse!.....

—Una verdadera desgracia—me contestó—¡Lo que hace el amor!

Y clavó en los míos sus ojazos oscuros, húmedos y brillantes, y aquellos ojos tuvieron más poder en mí que la linda muerta.

¡El amor!.... ¡Conque esta señorita!....

—Amaba, sí, amaba y murió.

—Si no temiera ser indiscreto, preguntaría á Ud.

—¿Las causas que obligaron á María á matarse?

—Precisamente. . . . Soy curioso, señorita, curioso como todo hijo de vecino.

—Y yo complaciente como toda hija de conocido. Así, pues, Doctor, nada me es más fácil que complacer á Ud.; pero para ello, hágame el favor de acompañarme á la pieza contigua á ésta; allí hablaremos sin testigos.

Obedecí á mi complaciente amiga, y una vez trasladados á la pieza indicada, ella se reclinó, con aire de sultancita enferma, en mullido sofá, y yo tomé asiento cerca de ella, para oír la siguiente, lacrimosa historia:

I.

“Ese—que mal podemos llamar caballero—que ve Ud. arañándose las barbas, con los ojos y el semblante enrojecidos por el licor, y de cuerpo bajo y trigueño, ese era el único tío que tenía mi amiga, y cuando el padre de ésta murió, lo dejó nombrado tutor de su hija. Por lo visto, el buen difunto creía que su hermano era un hombre honrado á carta cabal, y en esta creencia murió, pues don José, hipócrita consumado, nunca le dejó entrever su maldad y perfidia.

María creció casi sola, sin más relaciones que las de mi familia, y sin más amiga íntima que yo.

Como ya tenía edad de casarse, entre los muchos solicitadores que se presentaban á su mano, don José aceptó á uno: á un hombre de cuarenta años de edad: alto, seco, de mirada dura, pero fino y atento cuando quería serlo; enamorado loco de María y por cuya legal posesión dejaría al desinteresado tío la mitad de la fortuna de su pupila.

María tuvo miedo del proyectado matrimonio, y me contó, afiji-

da, las intenciones de su tío, respecto de ella.

—No te casarás; cuenta conmigo—le dije.

—¿Y cómo haré?

—Habla con franqueza á tu tío.

—Mi tío! Ah, tú no lo conoces.

—Pero, después de todo, no ha de querer sacrificarte.

—Eso—para él es lo de menos, siempre que convenga á sus intereses.

—Pero ese hombre es un infame.

—No quiere á nadie, Clotilde.

—¿Y sabe que tú no amas á don Miguel?

—Debe suponerlo.

—Y don Miguel, cree ser correspondido por ti?

—Tal vez tenga esperanzas de serlo; pero yo siempre lo he recibido con suma frialdad.

—Dile que no lo amas.

—Se casará conmigo á pesar de eso.

—Déjalo burlado; cástate con otro.

—¿Con otro!

Y ella se puso pálida, de una palidez traslucida que le dio aspecto de virgen.

—Con Jorge Gutiérrez, porejemplo.

—Ese no me ama.

—Te engañas: yo he adivinado que te adora con delirio.

—Cállate, Clotilde, oír hablar de Jorge me da miedo.

—Miedo! ¿Y por qué?

—Me interesa más de lo necesario.

—¿Y bien?

—Que tengo la creencia de que no me ama, quizás porque yo lo adoro.

¡Vaya una creencia! ¿Y si él te amara?

—Escudada en su amor, no temería romper con mi tío.

—Bueno es que yo sepa esto.

—Pero no pienses en estas co-

sas, amiga mía. . . . Si todo es sueño mío. . . .

II.

Dos noches después, cuando pudimos hablar á solas, ella me dijo.

He tenido una explicación con mi tío.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—Y cómo se mostró él?

—Con alternativas de dulzura fingida y cólera verdadera.

—Cuéntame eso.

—Figúrate que quería que me casara con su favorecido, dentro de un mes.

—¡Excelente! . . . ¿Y que le contestaste?

—Que no podía ser, porque no amaba á don Miguel.

—Bah!—me contestó.—Eso queda para después: la estimación, la cariñosa y constante intimidad. . .

—Basta, tío. Estoy resuelta á no casarme con don Miguel.

—¡A no casarte! ¿Y los derechos que mi hermano me dejó sobre ti?

—No valen nada ante mi resolución.

—¡Cuidado, sobrinal!—exclamó furioso.

—De qué, tío?

—De contrariar mi voluntad.

—Válgame Dios, tío; si tú eres el que contrarías la mía!

—¿Estoy obligado á obedecerte?

—No; pero tampoco puedes hacer que me sacrifique á tus fines especulativos.

—¿Piensas lo que dices?

Y mi tío se mordió los labios hasta hacerse sangre.

—Pienso que estoy en mi derecho, y no temo á nadie.

—Pero, entonces, ¿quién manda aquí?

—La justicia.

—Oh! yo te haré bajar la cerviz, águila orgullosa!

—Lo veremos.

Viendo que yo no me prestaba dócil á sus manejos, cambió de táctica:

—¿Amas á otro?

—No.

—Ten confianza en mí; dímelo todo.

—No amo á nadie.

—Tal vez tu preferido es bueno, y me puedo entender con él.

—Pero, tío, si mi corazón está libre.

—Entonces, hay esperanza para don Miguel.

—Ninguna.

—Tal vez de hoy á mañana mudas de opinión.

—Nunca.

—Y consientes en casarte con él—añadió con fiema.

—Jamás, tío, jamás.

—Déjate de fanfarronadas, que vas á concluir por hacer lo que yo diga.

—Quisiera ver eso, tío.

—Ya me acabas la paciencia;—exclamó pasándose las manos por su pletórica cara, que parecía iba á verter sangre—y es bueno que sepas que no sufriré que me sigas faltando al respeto.

—Pero, querido tío, si no he hecho más que oponerme, con moderación, á aquello que reprueba mi corazón y mi conciencia.

—¿Cómo te burlas de mí! . . . Pero ya te haré saber quien soy yo.

Y diciendo estas últimas palabras, salió furioso á la calle.

Cuando volvió á la casa, ya de noche, se mostró muy cortés conmigo, y con mucho tino, él y don Miguel, hicieron recaer la conversación sobre los elegantes de la ciudad: indudablemente querían sorprender mi secreto.

Me preguntaron, como con distracción, que cuál de los jóvenes me gustaba más.

—No los he examinado detenidamente;—les contesté—creo que todos son iguales.

—Sin embargo, entre la gente galanteadora, dicen que Florencio Lozano es el León.

—Y no dejan de tener razón los que tal piensan. ¡Florencio es muy elegante!

—Mi tío me miró con rabia.

—Y don Jorge Gutiérrez? que le parece á Ud?—me preguntó don Miguel.

Debí ponerme pálida, porque él continuó con voz trémula:

—¿Cómo que ha sorprendido á Ud. mi pregunta, señorita!

Le contesté tranquilamente:

—No me ha sorprendido la pregunta; pero como no estoy acostumbrada á esta clase de interrogatorios... Sin embargo de esto, voy á complacer á Ud.

Y levantando la cabeza con orgullo, y mostrándole mi rostro radiante, dije:

—Me parece muy bien. ¡Es tan joven!

—Un calavera—aulló mi tío, acompañando á don Miguel hasta la puerta, quien se marchaba rojo de cólera por mi contestación.

—Bravo, María, bravo!—le dije abrazándola con entusiasmo.—Te has portado como mujer de raza: eres digna amiga mía.

—Tú comprendes, Clotilde, que sería un crimen arruinar mi porvenir por una debilidad.

—¿Conque Jorge?

—Me ama y servé su esposa

—¿Lo has visto?

—No; pero me ha escrito.

—¿Y le has explicado la situación en que te encuentras?

—No, porque no contestaré sus cartas sino hasta dentro de un mes.

—¿Y por qué hasta entonces?

—Quiero desorientar á mis enemigos.

—Pero él va á creer que tú no lo amas.

—¿Y qué tiene que sufra unos días, si al fin tendrá felicidad cumplida?

—Pero eso es cruel.

—No lo creas: un simple capricho de mujer.

Hablamos después de mil proyectos agradables, y como á las once de la noche nos separamos.

III.

Trascurrieron muchos días sin que ocurriera en ellos nada digno de mencionarse.

Hace tres días—precisamente el día en que finalizaba el mes prefijado por ella para contestar las cartas de Jorge—me dijo, al despedirse de mí:

—Esta noche iré á tu casa; espérame.

Pero la esperé en vano: en vez de la gratísima visita de élla, recibí una tarjeta con estas lacónicas palabras:

“No podré ir; no me esperes

Tuya

María”

El contenido de la tarjeta me alarmó mucho y ayer mañana, en cuanto me hube desocupado de mis quehaceres domésticos más urgentes, me vine á donde ella.

La encontré pálida, pero tranquila.

Examinándola detenidamente noté que había llorado, y me estremecí.

—¿Estás enferma?—le pregunté.

—No.

—¿Y por qué no fuiste anoche á casa?

Me miró de una manera extraña, como si no comprendiera lo que yo decía.

Repetí mi pregunta.

—Tuve una visita—me contestó inconscientemente.

Y, sin embargo, decía verdad.

Yo comprendí que algo grave la preocupaba, y me acordé de Jorge:

—¿Te ha vuelto á amenazar tu tío?

—No.

—¿Has sabido de Jorge?

Al oír mi pregunta la ví ponerse más blanca que la cera de castilla, y noté que luchaba por que las lágrimas no asomaran á sus ojos.

—Sí, pero no está aquí; según pienso; nos veremos luego; no tengas cuidado; me ama siempre.

Y sus bellas facciones se contrajeron angustiosamente:

La estreché en mis brazos y le dije tiernamente:

—Tú sufres, María.

Se estremeció y volvió á mirarme, más que con sorpresa, con expresión de amargura, cruel.

—¿Yo sufrir?... ¡Qué ocurrencia!....

Y á propósito—añadió riéndose de una manera aterradora.—¿Sabes que concluyeron todos mis dolores?... ¿Que ahora me siento libre, completamente libre para hacer lo que se me antoje, á despecho de mi bondadoso tío?

Yo la contemplé con amorosa compasión: era evidente que un pesar muy grande le desgarraba el alma, y que trataba de encubrirlo charlando loca y aturdidamente.

—Ven—me dijo, tomándome del brazo, al mismo tiempo que cambiaba por completo la expresión de su rostro—ven, vamos á mi linda piececita, mudo testigo de nuestras íntimas confidencias... Soy una aturdida!....

¿Crearás que estaba preocupada por tonterías?... Ni aun se me había ocurrido contarte que me voy esta tarde para C.; pero de paseo, por muy pocos días: un viaje de pura distracción; me acompañará

mi primo Mariano.... Mi tío conviene en este paseo; ¡y cómo evítármelo!.... Mi voluntad es ley.... Querido tío ¡cómo he burlado todos sus proyectos!.... Me da lástima, querida amiga, me da lástima pensar lo mucho que sufrirá mi santo tío al ver pasar mi fortuna á otras manos que no serán las suyas.... Pero ya estamos en mi precioso nido, adornado regiamente..... Soy una princesa oriental por mi magnificencia!..... Qué bella es la vida cuando el sol de la felicidad la alumbra!..... Y después de todo ¿por qué no hemos de ser dichosas? La dicha está en vivir, en vivir en una atmósfera perfumada y rica como ésta ¡no te parece, amiga mía? Y para complemento de la dicha, el amor; el amor como yo lo siento, grande, inmortal.....

Y ser correspondida, ser correspondida por el sér que adoro, con..... con delirio..... No sé cómo no me he muerto de alegría al considerarme tan feliz..... ¡Rica y feliz!.... Creerás esa multitud de joyas de fabuloso valor, me tienen fastidiada; me havás un gran servicio aceptándolas.... ¿Te niegas?... ¿pero por qué? Ni una sola le debo á mi generoso tío; todas me las dio mi padre.... Acéptalas, te las doy, no por lo que valen, sino por cariño, y la verdad, porque no las quiero: una, una sola vale para mí más que todas las que te ofrezco: el anillo que me diste, al recibir el mío, el día que nos juramos amistad eterna.... Vamos, tú te enterneces, y por nada.... Si, luego nos veremos, y entonces te referiré muchas cosas que ahora no puedo decirte.... Una cosa: no digas á tus padres nada de mi viaje.... ¿Conque ya te vas?..... ¡Tan luego!.... Pero no dejes de volver, á las cinco de la tarde, para que nos despedamos....

Búscame aquí.....que en otra parte no me encontrarás.

Me abrazó y me besó largamente, al par que murmuraba con ternura y sin poder contener las lágrimas:

—¡Cómo te quiero!....

Yo me separé de ella con el corazón lleno de mortal angustia, y preguntándome:

—¿Qué le habrá ocurrido?

VI.

—Cuando volví—Ya Ud. debe suponerlo, doctor — la encontré muerta. Figúrese Ud. mi pesar, mi dolor inenarrable....Era mi amiga más querida....La más buena y bella entre todas las mujeres.... Sufrió mucho: una mártir, doctor.....Y matarse, matarse porque él lo había hecho antes!.....Y no saber yo la muerte de él, sino hasta después de la de ella, de lo contrario, tal vez la hubiera librado del suicidio.....Lo que hace el amor!.....”

La joven, mi complaciente amiga, al acabar de hablar, se enjugó las lágrimas que el recuerdo de su amiga le arrancara, y me dijo mi rándome profundamente:

—Ya lo sabe Ud. todo, doctor.

—Sí, señorita, gracias á la generosidad de Ud. que tanto admiro y tanto le agradezco.

—Ahora podemos retirarnos de aquí.

—Pero ¿por qué?....Si aquí podemos hablar libremente de todo lo que nos guste.

La verdad; me costaba trabajo librarne de aquella deliciosa intimidad!..... Era mi amiga tan hermosa, tan sensible y me sentía ligado á ella por unos lazos tan misteriosos, tan suaves!.....Oh, yo la amaba con toda mi alma!....

Y luego dirán que los médicos no tenemos corazón!.....

Pero fue preciso, bien á mi pesar separarme de mi adorada amiga para continuar las tareas diarias que me impone mi profesión.

—Con permiso de ustedes, lectores.

LUCILA GAMERO MONCADA.

Danlí, abril 15 de 1895.

NOTAS DISPERSAS.

I

TUS OJOS.

Si en tus ojos verme anhelo
es porque tus ojos son
dos recortitos de cielo,—
¡del cielo de mi ilusión!

II

¡EN TODAS PARTES!

Que amor es ciego? Mentira!,
pues este amor que en mí alienta,
con ojos tan diestros cuenta
que en todas partes te mira!

III

¡POR QUÉ?

¡Por qué han de darte agravios
mis cándidos antojos,
si el beso que te pido con los labios
me lo has dado mil veces con los ojos?

Sabelio.

San Salvador.

IRA SANTA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

Quisiera maldecirte y mi voz tiembla;
Mi labio balbucea y no pronuncia
Ni una sola palabra ni una queja.

Quisiera, ay, execrarte! ¡horrible lucha!
Por más que mi razón hoy te condena
Mi boca permanece siempre muda.

Y siento consumirme, siento fiebre;
Pero mi corazón jamás ha odiado
Ni sabe para ti más que quererte....

No sé si el corazón es rey ó esclavo;
No sé si hay en la tumba del olvido
Labios que puedan exceder lo amado,
Almas que ódien lo que se ha querido.

MARGARITA DE MORTAIN.

San Salvador—1895.

MATRIMONIO Y SOLTERÍA.

(Para "La Juventud Salvadoreña")

I

Alejandro N. era allá por los años de 1870, un joven que sin duda vino al mundo cobijado bajo el ala de esa misteriosa hada que se llama *La Fortuna*.

De gallarda figura, de no escaso talento y con respetable suma de morlacos heredados, saboreaba las delicias de una regalada vida.

Dicho se está, que por su condición de soltero, debía ser el niño mimado y perseguido en los salones de Lima. (Entre paréntesis: ya las niñas han cesado de serlo, para dejarles el campo á los varones; que así esa maldita ley de la oferta y la demanda, quita precio á

quien le tiene, y lo presta á los que Dios sabe lo que aquí podría decirse.)

Huelga, pues, decir que, las más con hijas casaderas, y los papás que aspiraban á ser abuelos, miraban con ojos codiciosos á este hijo de la dicha; al cual, de buen grado, hubieran querido verle caer herido por las matadoras flechas de Cupido, lanzadas por la niña casadera.

Pero es el caso que el orgulloso Alejandro, con su dinero y su independencia hallábase hartó ageno de ir mansamente á doblar la cerviz al yugo matrimonial.

Cuando alguna de sus buenas amigas, (los jóvenes adinerados y gallardos, siempre tienen buenas amigas, aún en el gremio de las ya casadas) le hablaba, abogando á favor de Himeneo; él argumentaba acaloradamente, y citaba ejemplos de hechos recientes, de elocuentísima prueba, en apoyo de sus convicciones anti-matrimoniales.

—Y sin ir muy lejos—decía— allí está mi amigo y compañero Leoncio; un muchacho inteligentísimo, cuyo porvenir yo mismo envidiaba, como que se le presentaba poblado de halagadoras promesas, de alta posición social y política, que él conquistaría con su talento y su actividad; allí está, hecho una bestia de carga, embrutecido, pobre y sin poder aposentar en su cerebro otra idea que no sea la de buscar el pan que sus cinco hijos y su adorada mujercita, con perfecto derecho le reclaman.

En sus ejemplos, Alejandro citaba también á algún otro amigo, calculador, astuto y previsor que, para ponerse al abrigo de hambres y penurias, contrajo nupcias con alguna acaudalada heredera, y aun así salió mal librada su felicidad.

—El hombre—decía—que se ca-

sa con mujer rica, se convierte no en marido de su mujer, sino en siervo de una dote. Y, como Mantegazza, opinaba que antes de casarse conviene hacer largas meditaciones delante del espejo, y más largas aún delante del bolsillo.

Para apoyar sus opiniones, se había formado un caudal de citas tomadas de poetas, filósofos y pensadores; y decía como Eurípides, que era muy afortunado aquel que hallaba una buena mujer, pero que era más feliz el que no la hallaba, ni buena ni mala; ó como Ypona, aseguraba que el hombre pasa dos días muy satisfactorios con su mujer; uno cuando la recibe por esposa, y otro cuando la lleva á enterrar.

Y terminaba sus argumentaciones diciendo que el matrimonio es una institución estúpida, contradictoria de las naturales tendencias del corazón humano.

Algunas veces recurría á la vida práctica y decía:—El matrimonio degrada tanto á la mujer como al hombre. Ella por su sexo y su belleza, es la reina, es la diosa, objeto de la admiración, y el respeto, y demás dominadora de las pasiones de los hombres; una mirada, una sonrisa de la mujer amada, bastan para hacernos dichosos. Ofrendar nuestro dinero á los pies de esa mujer amada, si es que ella se digna aceptarlo, nos llena de regocijo y satisfacción.

Y esa diosa, esa joya que fuera del matrimonio valorizamos en tan alto precio, queda convertida en la humilde y servil criatura, que mendiga nuestras caricias y á quien le escatimamos hasta los céntimos que gasta en la casa. En fin, basta decir que de todos los seres que componen la Creación, incluyendo á los más inferiores, y aún á los más feroces, ninguno castiga y maltrata á su hembra, como

el hombre, degradado por el matrimonio.

Tales eran los sólidos é incontables argumentos que él aducía, declarándose partidario del celibato, el único estado hermoso y feliz de la vida.

Cuando alguna pasioncilla amorosa llegaba á conmover su corazón, despertándole la maléfica tentación del matrimonio, apresurábase á buscar aquellos amigos desgraciados á causa de un mal matrimonio, y de preferencia buscaba á su amigo Leoncio. ¡Ah! entonces si que salía curado de sus tentaciones matrimoniales.

¡Pobre Leoncio! Aquel corazón lleno de nobles ambiciones, aquella inteligencia viril, unida á su rica fantasía, todo en él había sufrido ese anonadamiento, ese abatimiento depresivo, propio del estado patológico del hombre que lucha por la vida y que sin bienes de fortuna, sin facilidades para trabajar, debe subvenir á la subsistencia de una crecida familia.

Leoncio remaba á todo pulso, y apenas si podía, en estos paupérrimos tiempos, sacar á flote la pesada carga que sobre sus hombros llevaba.

En las intimidades de fraternal amistad, Leoncio le descubría á su amigo sus penurias, sus angustias, y muchas veces hasta sus hambres; las hambres de sus hijos, á quienes tanto amaba.....

Y Alejandro, con ese egoísmo de los seres afortunados y felices, referíale, á su vez, sus amorosas conquistas, sus noches de orgía, sus interminables dichas. Y no sin asombrarse veía que su amigo sin envidiar su condición de soltero, se conformaba con exclamar:—¡Ah! si yo tuviera una renta suficiente para darles lo necesario á mi mujer y á mis hijos, me consideraría el hombre más dichoso del mundo.

II

Muchos años pasaron así.....

Muchos años, muy largos para Leoncio y muy alegres para Alejandro.

Pero al fin llegaron los sesenta años para Alejandro, para el solterón, y los sesenta para Leoncio, el padre de familia. La vejez ridícula y estéril al lado de la vejez hermosa y respetable. El árbol que se hace leña y el árbol cubierto de flores y de frutos.

Y, como todo en la vida tiende á tomar su equilibrio, al fin cambiáronse las situaciones de ambos; y las alegrías de Alejandro tornáronse en horas sombrías, así como las penurias de Leoncio tuvieron su recompensa.

Alejandro vive hoy aislado, triste y abatido. No frecuenta ya la alta sociedad donde tan adulado y engraido se viera un día. Para qué había de ir allá? En su frecuente trato con los hombres, har-to había llegado á comprender, cuánta perfidia y falsía se ocultan tras esos ricos cortinajes y esas lujosas galerías de los salones aristocráticos. Comprendía que habiendo perdido su mejor cualidad, cual era la de ser un *buen partido*, ninguna otra podría él hacer valer allí.

Y luego, como nunca pensó en trabajar, su fortuna había menguado inmensamente, y le era forzoso hacer economías. Vivía en reducidas y desmanteladas habitaciones en una casa de vecindad. Quizá le asaltaba el temor de que pudiera faltarle dinero y sobrarle vida. La miseria y la soledad.... Hay acaso nada más espantoso en el mundo!

La salud había principiado á menguarle, y las dolencias aparecían como parvada de buitres que vienen á devorar un débil y corrompido cuerpo. Y siempre tan solo!....

A pesar de sus sesenta años le vino el deseo de casarse; de formar un hogar.

—Y por qué no habré de casarme?—decía.

—Tantos otros como yo no han hecho lo mismo; pasar la juventud en orgías y placeres, y á la vejez buscar una muchacha bonita que los cuide....

Pero, ¡ah!, hombre de mundo y de conocimiento de la vida, le asaltaba el temor de llegar á esa condición, en que él sería simplemente el marido para que otro fuera el hombre. Conocía él tanto esa situación!..... ¡Bah! como que había sido por largos años el *cuco* de muchos maridos sesentones.

Muchas veces pensaba en el suicidio; en ese desesperado recurso de las almas desoladas; pero también entonces sentía el vacío de su vida. Nadie le lloraría, nadie llevaría las ofrendas del cariño á su solitaria tumba!....

Qué sombrías fueron sus horas, y qué crueles sus remordimientos! El dolor atenaceaba su corazón, y el vacío se formaba á su alrededor!.....

III

Su amigo Leoncio, aquel padre de familia que él tanto había compadecido, llegó con el tiempo y sus nobles esfuerzos á ser hombre de posición social, y de no escasa fortuna.

Leoncio tenía tres hijas, tres bellos ángeles que adoraban á su padre y le colmaban de cuidados y caricias; tenía cinco hijos varones, buenos ciudadanos y hombres útiles á la sociedad y á su patria.

El hogar de Leoncio aparecíasele á Alejandro cual un paraíso: las niñas cantaban, reían, charlaban, tenían novios, y Leoncio se complacía en disputar con sus hijas sobre las cualidades de los pretendientes.

En cuanto á sus hijos varones, de ellos decía Leoncio que estaba orgulloso; y no así como quiera, sino que eran buenazos. Educados en la escuela del trabajo y la economía, no se contaminaron con esos vicios sociales inherentes á la gente rica y desocupada.

No hay que decir que Leoncio y Alejandro continuaron siendo amigos. Un día Alejandro fué víctima de una de esas enfermedades, que, desde los primeros síntomas, nos avisan que vienen traídas de la mano por esa inflexible parca que debe cortar el hilo de una nueva vida.

Alejandro comprendió el aviso y quiso hacer su testamento, instituyendo por único heredero á su amigo Leoncio.

—Tú mercedes—díjole antes de morir—la felicidad que disfrutas y que á mí me está ya vedada. Hoy comprendo que mi odio al matrimonio, provenía de mi inexperiencia. En la juventud somos siempre dichosos, y nos imaginamos que aquella felicidad debe ser eterna: ¡ah! olvidamos que cada día que trasurre es un paso que damos hacia la vejez, que es triste, enfermita y descontenta. Es preciso que la juventud no olvide que la principal ocupación del hombre joven, es la de prepararse, ó mejor dicho, asegurarse contra esa bancarrota del organismo humano, que se llama vejez, y esa otra bancarrota que se llama muerte. Es necesario esperarla con hijos que nos cuiden, con nietos que nos alegren, con el *confort* que un cuerpo delicado ha menester; y más que todo, con la conciencia satisfecha por haber cumplido nuestra misión. Tú sufriste cruelmente en las primeras épocas de tu matrimonio; pero cuán hermosa es la recompensa que hoy recoges al lado de tu numerosa familia. Tus sufrimientos fueron llenos de espe-

ranzas y consuelos, en cambio los míos, son desesperantes y agravados por crueles remordimientos.

El deber cumplido es la única satisfacción que endulza las tristes horas de la ancianidad. Y el hombre no llena por entero sus deberes sociales, si no vive para la familia, la patria y la humanidad.

MERCEDES CABELLO DE CARBONERA.

Lima—1895.

NOTAS.

RAMILLETE DE PENSAMIENTOS.

Sin la mujer, el hombre sería inculto, rudo, solitario, y desconocería todas las gracias que no son sino las sonrisas del amor. La mujer teje en torno de él las flores de la vida, así como la vid adorna el tronco de la encina con sus fragantes guirnaldas.—*Chateaubriand*.

El hombre filosofa mejor que la mujer acerca del corazón humano; pero ella lee los corazones de los hombres mejor que él.—*J. J. Rousseau*.

El corazón de una mujer no envejece nunca; cuando cesa de amar, cesa de existir.—*Rocheperdre*.

La belleza de una joven debe hablar á la imaginación, y no á los sentidos.—*A. Karr*.

Un áspid haría más venenoso su aguijón, hundiéndolo en el corazón de una coqueta.—*Poincelot*.

La mujer se doblega al yugo de la opinión; pero el hombre se revela.—*De Fenol*.

El amor es el ave de paso que las mujeres esperan con curiosidad en la juventud, retienen con placer en los años de madurez, y ven con pena alejarse, al sorprenderles la ancianidad.—*A. Ricard.*

Amante, hija, hermana, esposa, madre, abuela: en estas seis palabras se cifra todo lo que el corazón humano contiene de más dulce, de más extático, de más sagrado, de más puro, de más inefable.—*Masías.*

El oído es el último asilo de la castidad: una vez expulsado del corazón, refúgiase allí.—*Retif de la Bretonne.*

La mojigatería es la hipocresía de la modestia.—*Masías.*

La mujer desconfía demasiado del hombre en general, y muy poco en particular.—*Commerçon.*

Muy dura es la profesión de mujer.—*Mme. d' Epinay.*

A UNA GOLONDRINA

Ven, golondrina, ven; el escondido hueco que ayer dejaste abandonado, aún se vé entre la yerba que ha trepado por el vetusto paredón hundido. Cuando el viento al pasar, con blando ruido agita ese feltón enmarañado, descubre como un ojo del pasado la negra entrada de tu viejo nido.

Alégralo otra vez; ¡es tan sombría la soledad eterna! Bien lo sabe golondrina gentil el alma mía. En vano espera que su mal acabe; que al amor le sirvió de nido un día, ¡y huyó del nido para siempre el ave!

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.

Así son todas

—Si tardas, dijo resuelta,
Un cadáver hallarás.—
Viajé un año y á la vuelta
La encontré... ¡bailando un vals!

Epigrama

El sabio más eminente
De Atenas la renombrada,
Tras estudiar diligentemente
Exclamaba humildemente:
Solo sé que no sé nada.

Hoy son de distinto modo
Pues sin estudio profundo,
Brotan cual hongos del lodo,
Sabios que lo saben todo,
Hasta lo del otro mundo.

F. J. A.

Neuróticos célebres.

Leibnitz no podía estudiar más que en la cama.

Montesquieu no cesaba de agitar violentamente los piés mientras escribía.

Gounod declara que mientras compone, sufre una "misteriosa enfermedad" que no acierta á definir.

Humboldt no dormía más que cuatro ó cinco horas, atormentado por el miedo de no acabar su *Cosmos*.

Pope, traduciendo la *Iliada* al inglés, gritaba que le mataran, para huir de los versos de Homero, que le estaban resonando toda la noche en los oídos.

Byron no pegaba los ojos desde que principió su *Marino Faliero* hasta que lo concluyó.

Rossini, cuando se quedaba solo,

sufría horribles accesos de angustias, asaltado por el temor de volverse imbécil.

Mozart se creía siempre rodeado de conspiradores que querían envenenarle.

Meyerbeer tenía tal miedo á la obscuridad, que si por casualidad se le apagaba la luz, echaba á correr pidiendo auxilio; llevaba, como talismán, un relicario con la bendición escrita de su madre.

Chopin lloraba por una flor tronchada ó por la muerte de un insecto.

MISCELANEA.

EL DOCTOR DON CARLOS PEÑA.—Este apreciable caballero, amigo nuestro y académico de nuestra Universidad, falleció el 3 del presente mes en esta capital, dejando en el seno de su familia y en el de sus numerosas relaciones todo el pesar que naturalmente causa la eterna despedida de un joven tan honrado, trabajador é ilustrado como el doctor Peña.

Enviamos á la muy estimable familia Peña Fernández, la expresión de nuestra sincera condolencia.

LA sociedad san salvadoreña ha visto desaparecer, así mismo, de la escena de la vida, al ilustrado juriscónsulto doctor don EMILIO GONZÁLEZ, profesor de nuestra Universidad y obrero infatigable de la pública instrucción—"La Juventud Salvadoreña" se une al duelo que, con este fúnebre suceso, se ha hecho sentir en la familia, en la amistad, en las aulas universitarias y en la sociedad en general.

MARGARITA DE MORTAIN—es el pseudónimo de una nueva é inspirada poetisa san salvadoreña. que

por vez primera adorna con su colaboración las columnas de nuestra Revista. Al felicitarla por los vehementes *tercetos asonantados* que gustosos y agradecidos publicamos en el lugar correspondiente, haláganos la esperanza de que, como esta vez, continuará ayudándonos con sus ameritadas y apetecibles colaboraciones poéticas.

OTRA "MARGARITA", antigua colaboradora de esta Revista, se ha servido enviarnos para su publicación la siguiente

CHARADA

A "SENSITIVA."

(Para "La Juventud Salvadoreña.")

Es mi *prima* una nota que abunda en el arte de Apolo y Jubal: mi *segunda* y *tercera*, son nombre del que se halla en su juicio cabal.

Y mi *todo*, á doquier que yo vaya, cuando triste me aleje de aquí, llevarélo también de otras flores; pero más, SENSITIVA, de ti!

Margarita.

GRACIAS—las rendimos muy expresivas á la renombrada escritora peruana doña Mercedes Cabello de Carbonera, por el hermoso artículo literario con que honra las columnas del presente número.

A TODOS los Socios Corresponsales de "La Juventud Salvadoreña", nos permitimos recordarles la estricta é ineludible obligación en que están de colaborar mensualmente en las columnas de esta Revista; de conformidad con los artículos 4º y 44 de los Estatutos de nuestra Sociedad.